

SIETE CENTÍMETROS DE PIEL FEMENINA: POR UNA MIRADA MENOS COLONIAL Y VICTIMIZADORA

Santi Fernández Patón

No debería escribir este texto. Aun siendo escritor, aun en atención a la solicitud de una mujer, feminista y gestora cultural por más señas, no debería escribir este texto. Un hombre, como es mi caso, sin filiación posible a ninguna categoría sexual subalterna, no debería escribir, desde su inevitable posición de privilegiado social, un texto sobre feminismo. Creo que la mejor manera de que un hombre occidental, blanco y hetero-vulgar, si se me permite el chiste, defienda el feminismo, o mejor, los feminismos, no pasa por texto alguno. Las mujeres o los sujetos escurridizos a las categorías binarias ya producen escritos de sobra (cuestión aparte es si se visibilizan lo suficiente, esto es, tanto como si provinieran de hombres).

La mejor manera de que un hombre promueva el feminismo no es mediante el discurso ni el análisis, quizás tampoco desde su militancia social si a eso vamos, sino mediante su acción cotidiana. Ya saben, aquel adagio que hace algunas décadas nos enseñaron las feministas: «Lo personal es político». Y aquí estoy, por el contrario, sin pretender incurrir en falsa modestia ni en un tono de disculpa. He sido invitado a esta cena, y aun así antes de entrar llamo respetuosamente y pregunto si se puede entrar. Como convidado educado, he traído el vino o el postre, no lo sé. En cualquier caso es esto.

Liberar a las musulmanas

Una foto se hizo vírica, al menos en los países occidentales, durante los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro, celebrados en el verano de 2016. La pareja de jugadoras egipcias Doaa Elghobashy y Nada Meawad optaron por disputar su enfrentamiento de vóley playa contra Alemania completamente cubiertas. De hecho, la primera incluso optó por usar hijab. La foto vírica la mostraba a ella saltando en la red frente a la alemana Kira Walkenhorst, ataviada con el tradicional bikini con que juegan este deporte las mujeres.

Las dos adolescentes egipcias estaban haciendo historia: su país jamás se había clasificado, ni en categoría masculina ni femenina, para disputar este deporte en unos Juegos Olímpicos. Y si lo hubiera hecho, probablemente no habrían asistido: solo en Londres 2012 se cambió el reglamento para que se permitiera llevar bikinis que, atención, midiesen más de siete centímetros de ancho en las caderas. Siete centímetros es toda la carne femenina que los hombretones que dictan las normas

estaban dispuestos a privarse de ver, pero generosamente renunciaron a ello para «abrirse a otras culturas», según la Federación Internacional de Voleibol Playa.

Hace algunos años, unos hombres muy parecidos decidieron que el uniforme femenino de baloncesto tenía que resaltar las curvas de las jugadoras: 500 euros de multa por partido le costó a Diana Taurasi, del Galatasary, vestirse como si fuera a jugar al baloncesto y no a poner cachondos a los hombres de la FIBA.

La pregunta, por tanto, cae por su propio peso: en la foto vírica del partido de Río 2016, ¿en qué cuerpo estaba más presente el patriarcado? Después de todo, puede que no fuera en aquella jugadora blanca, representante de la primera potencia económica de Europa, del occidente socialmente avanzado, el de la supuesta igualdad entre mujeres y hombres. Es posible, ¿no les parece?

Ese mismo verano los medios de comunicación magnificaron la polémica en torno al «burkini», el bañador de cuerpo entero que algunas mujeres musulmanas usan en las playas y piscinas públicas y que en Francia, sencillamente, se ha prohibido con argumentos que no logran ocultar el racismo de semejante medida. La islamofobia de género incluso se extendió con esa prohibición a algunos parques acuáticos de Cataluña. Sobre la vestimenta de los hombres, como de costumbre, no tenemos noticias.

A mi modo de ver, en los debates acerca del «burkini», o del velo en todas sus variantes, por ejemplo, no solo está presente el feminismo, la libertad individual, la religión, el choque de culturas, etc. Hay algo que suele subyacer en todos esos debates: la mirada colonial, que podríamos traducir como la trasposición social del paternalismo. Se diría que no existe el feminismo islámico, que no existe una conciencia colectiva, razonamientos compartidos, conclusiones fruto de debates conjuntos, se diría que las mujeres musulmanas no han sabido organizarse como las occidentales, que sus estrategias no son las adecuadas, sus libros menores, etc. Y casi todo ello es cierto... si se analiza desde una visión occidental, con nuestra propia escala de valores, de juicios y prioridades y nuestros esquemas sociales y culturales. En definitiva, si se analiza desde una óptica colonial. Solo digo que escuchemos, y tal vez descubramos que los juicios apresurados que desde el feminismo blanco se hacen a otros feminismos tal vez le hacen el juego al patriarcado.

Viajar a Marruecos desde Francia, esto es, desde el colonizador histórico al colonizado, para mostrar los pechos junto al monumento de la independencia en nombre de la lucha por las minorías sexuales, no parece una buena idea. Menos si el lema pintado sobre el dorso desnudo parafrasea un famoso lema de Estados Unidos, potencia imperialista por antonomasia: «In Gay we trust». Así se lo intentó hacer ver el colectivo Aswat de Marruecos por los derechos LGTBI a las dos activistas de

Femen que tuvieron aquella ocurrencia, tal y como relatan Brigitte Vasallo y Gerad Casas (<http://www.pikaramagazine.com/2015/06/carta-abierta-a-femen-descolonizamos-el-feminismo/>).

Hablamos de países, además, donde esa lucha se paga en numerosas ocasiones con la tortura, la cárcel y también la muerte, y donde en algunos casos las activistas se enfrentan al mismísimo Estado Islámico.

¿Recuerdan a Amina Tyler, la activista tunecina, y musulmana, que se enfrentó a una fatua que la condenaba a morir lapidada tras 100 latigazos y que aspiraba a un feminismo transcultural?: «Soy una musulmana orgullosa. No necesito que me “liberen”, no me gusta que me usen para reforzar el imperialismo occidental. No me representáis», fue su mensaje cuando, precisamente, abandonó Femen por su prepotencia cultural. Las respuestas de algunas facciones del feminismo occidental no merecen ser replicadas aquí.

Lo que Tyler estaba poniendo de manifiesto es algo que se pretende negar desde sectores en apariencia opuestos: que no se puede ser feminista y profesar el Islam. En otras palabras, desde un punto de vista imbuido de la imagen del fundamentalismo islámico, se negaba que el feminismo es heterogéneo y la legitimidad de muchas mujeres musulmanas en su lucha contra el patriarcado y por la igualdad de derechos mediante una nueva lectura e interpretación del Corán.

Como cualquiera, y además ateo, yo tengo mi opinión sobre una mujer, o cualquier otro ser humano, que afirma profesar una de las religiones de la revelación, que tiene fe por tanto en un más allá o una serie de preceptos dictados por un dios hace siglos o milenios y siempre a hombres. Aun así, no creo que mi opinión importe, y menos cuando desde el Islam nos llegan –a poco que queramos recibirlos– discursos y prácticas tan sólidos y potentes como, al menos, los de las mujeres occidentales.

Rescatar a las putas

Salvando las distancias, algo parecido sucede con el debate sobre la prostitución. Sin duda, como dice Ysabel Torralbo, concejala de Málaga Ahora, este es un “terreno resbaladizo” porque hoy elegimos el trabajo, en buena medida, de manera voluntaria «y no libre, [...] puesto que con tasas de paro escandalosas ya [...] casi nadie elige libremente en qué trabajar». Y, añade, resbaladizo «también porque entran en juego muchos factores delicados: la violencia patriarcal, el abuso contra las mujeres, la moral, pero también el derecho a elegir sobre nuestro cuerpo, las regulaciones laborales, la criminalización y, sobre todo, la hipocresía» (<http://www.diariosur.es/opinion/201601/25/prostitucion-regulacion-20160125004659-v.html>).

Todas y todos tenemos una opinión, pero raramente se invita a darla a las trabajadoras sexuales. La crueldad con la que a veces se las infantiliza resulta sonrojante: mesas de debate, libros colectivos, programas electorales, redacción de leyes, reportajes... en los que ni una sola trabajadora del sexo ha sido invitada. Las putas, como las musulmanas, necesitan ser aleccionadas... por quienes ni somos putas ni musulmanas. No muy distinto ha sido el comportamiento histórico de los hombres con respecto a las mujeres.

Para empezar, y así insisten desde colectivos como Hetaira, se suele confundir trata de personas, explotación laboral y trabajo sexual y, cuando se hace la diferenciación, resulta habitual caer en posiciones moralistas. De hecho, como declara el colectivo Redtrasex: red de trabajadoras sexuales de Latinoamérica y El Caribe, «las políticas públicas no tienen en cuenta que las trabajadoras sexuales somos actores claves para prevenir, denunciar y erradicar la trata de personas» (<http://www.colectivohetaira.org/web/images/docs/ttse.pdf>), pese a que nadie conoce mejor las zonas de trabajo.

Así, en 2010 vimos cómo en Suecia, un país abolicionista, las penas para los clientes tuvieron que pasar de 6 a 12 meses, ante la ineficacia de una ley contra la prostitución, reprobada, por cierto, por 560 ONG y organizaciones de la sociedad civil. La policía sueca, sin ir más lejos, demostró que el trabajo sexual ahora se ejercía en la clandestinidad y había aumentado la vulnerabilidad de las trabajadoras. El error, una vez más, como avisa Redtrasex, consistió en confundir la trata de mujeres con el trabajo sexual y despreciar la voz de las trabajadoras. Y esto en pleno corazón del Estado de Bienestar y los avances sociales.

Redtrasex también denuncia la victimización continua a la que se somete a las trabajadoras sexuales, a las que «se niega nuestra voluntad, considerándonos víctimas y equiparándonos a personas que no pueden decidir certeramente sobre sus vidas. Esta actitud, muchas veces reforzada por una visión abolicionista del trabajo sexual, dificulta aún más nuestra posibilidad de intervenir en la elaboración de políticas y de participar en espacios de incidencia, dado que nos presenta como mujeres sin capacidades ni inteligencia, y a merced absoluta de factores externos» (Ibídem). Un discurso muy parecido al que, sin salir de Málaga, sostiene la Asociación de Mujeres, Transexuales, Travestis como Trabajadoras sexuales de España (Amtttse).

Desde posturas abolicionistas, incluso, por mucho que se respete la decisión individual de que cada mujer haga con su cuerpo lo que le plazca, se afirma que no se puede escoger el trabajo sexual y al mismo tiempo declararse feminista.

Sin embargo, para Cristina Garaizabal, psicóloga feminista y cofundadora de Hetaira:

Santi Fernández Patón: «Siete centímetros de piel femenina (...)». En *Coordenadas: pensar la sociedad en clave feminista* (Fundación Málaga, 2017).

[...] luchar contra el estigma que tienen las putas es cuestionar uno de los pilares de la ideología patriarcal: la idea de que existen “buenas” y “malas” mujeres. Una idea que, pese a todos los cambios que se han producido en este terreno, nos divide y cataloga a las mujeres en función de nuestra sexualidad. Socialmente se espera de las mujeres que seamos las controladoras de nuestro deseo y del deseo sexual masculino, que seamos recatadas sexualmente, no promiscuas... En definitiva, que tengamos una sexualidad mucho menos explícita que la de los hombres. [...] En el modelo sexual que se nos propone socialmente, las prostitutas aparecen y representan a las “otras”, las que no son buenas, las que condensan en sí todo lo prohibido, lo que no pueden hacer las mujeres “buenas”. [...] La estigmatización de las putas es un elemento fundamental de la ideología patriarcal, es un instrumento de control para que las mujeres nos atengamos a los estrechos límites que aún hoy, encorsetan la sexualidad femenina. Las putas representan todo aquello que una mujer “decente” no debe hacer. Su criminalización sirve para escarmentar en cabeza ajena. (<http://www.colectivohetaira.org/web/documentos/3-una-mirada-feminista-a-la-prostitucion.html>)

En definitiva, para concluir de manera similar a la breve reflexión sobre el velo y las vestimentas de algunas mujeres musulmanas, vale cerrar este artículo citando de nuevo a Torralbo: «¿Qué opinión tengo sobre las mujeres que por unos u otros motivos deciden ejercer la prostitución? Solo una: que nuestra opinión no es relevante. Empecemos por cambiar eso».

No es fácil, por eso, cuando no lo logre, recordaré aquellos reglamentarios «siete centímetros de ancho en las caderas».